

pecho y se quedó inmóvil y pensativo. Claudio Brun sonrió con maldad.

— Si tus enemigos te vieran en este momento, creerían que no eras tú. Cuando se es un malvado, hay que ser un malvado soberbio... Adiós.

Y salió sin esperar respuesta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI

Pedro recibió por la mañana el periódico marcado de rojo y sintió al principio un gran estupor. Sentado á su mesa y con el papel entre las manos, le leyó dos veces para enterarse bien y la cólera se apoderó de él. Su primer movimiento fué ir á buscar á Appel. El doctor estaba en su despacho preparando la lección del día. Con abrir una puerta, Pedro hubiera encontrado en él el apoyo y el consejo que necesitaba. Pero le detuvo la vergüenza de hablar otra vez de su padre con Appel en aquellas condiciones humillantes.

El joven dejó escapar un doloroso suspiro. La pesada deuda de la desgracia le agobiaba. En su turbación, le ocurrió el pensamiento de ir á ver á Barres. El jefe socialista era íntimo amigo de Bertier y acaso podría interponer su autoridad.

En suma, todo lo que se tramaba contra Dartigues tenía por único fin el favorecer la candidatura de Barres. La idea de pedir socorro en favor de su padre á su mismo competidor hizo sonreír al joven. ¿Hubiera pensado en suplicar á Dartigues en favor de Barres, si éste estuviera á merced de su adversario? En este

momento veía de qué lado estaban la generosidad y la grandeza.

Salió y en el camino la verdad iluminó poco á poco su conciencia. El obscuro pasado de Dartigues se aclaraba por su presente accidentado. Pedro no sabía nada preciso, pero Dartigues se acusaba á sí mismo y ofrecía poco á poco su conducta al juicio de su hijo. Y á aquella luz se engrandecían Appel y Francine y aparecían dignos de todos los respetos y de todas las ternuras. Había llegado la hora de conocer la verdad, aunque estuviese ciego. Llegó á casa de Barres y salió á abrirle la vieja criada gruñona.

— ¡Ah! Es el señorito Appel... El señor se va á alegrar de ver á usted... Ayer noche no hizo más que hablar de usted con el señor Breloquier.

Y se echó á correr por la casa, gritando :

— ¡ Señor! Es el señorito Pedro...

Barres estaba corrigiendo pruebas. Levantó la cabeza y dijo :

— ¡ Vieja loca! ¿ No podía usted anunciar tranquilamente, en vez de gritar como si quisiera alborotar el barrio?

— Pero usted no está nunca contento, gruñó la criada. Si le traigo las visitas sin prevenirle, me hace observaciones... Es imposible servirle á usted...

Barres, con una tranquilidad socrática, dijo dulcemente :

— Salga usted.

La vieja se marchó dando un portazo. Barres se levantó, cogió á Pedro de la mano, le miró fijamente, le hizo sentar y le dijo :

— Te esperaba. Estaba seguro de que vendrías hoy.

— Por el artículo ¿ verdad?

— Sí, por el artículo. Pero tranquilízate. Breloquier

ha visto ya á Bertier y estamos trabajando para arreglar el asunto...

— ¡ Amigo mío!

— Habrás comprendido que no iba yo á dejar que te atormentasen. ¿ No te sorprende lo que te digo?

— ¡ No! Estaba seguro de usted.

— Enhorabuena. Ahora, hablemos. La historia es grave y la publicidad da á todo un inmenso alcance. Cuando Bertier ha hecho su artículo, ignoraba el valor del acto á que le arrastraban.

— ¿ Quién?

— Esa es la clave de la cuestión. Tú has puesto en seguida el dedo en la llaga. El artículo no ha sido escrito por servirme, sino para amenazar á Dartigues. Bertier creía serme útil, pero no sabía que le hacían servir una venganza personal. Porque no puede ser más que ese el móvil á que ha obedecido...

— ¿ Quién?

— Un amigo de tu padre, su compañero, su socio...

— ¿ Claudio Brun?

— Sí.

— ¡ Lo comprendo todo! exclamó Pedro. Quiere matar dos pájaros de un tiro. Tortura al hombre que le ha enriquecido y le obliga á sacrificarme. Pero es á mí, sobre todo, á quien se dirige esa odiosa maquinación.

— ¿ Cómo?

Entonces Pedro contó á Barres, con una violencia que no podía dominar, la historia de sus amores con Bella, las esperanzas que ésta le había dado, la satisfacción que había resentido su padre viendo que su boda con Bella le aproximaría definitivamente á él, y la rabia de Claudio, sus celos de viejo enamorado y su rencor hacia Dartigues. El joven acababa de descubrir

el plan de su rival como si le leyera en un libro. Barres reflexionaba mientras el joven se desataba en protestas y en invectivas.

— Observa, hijo mío, dijo, que el cálculo de ese Brun es, ante todo, estúpido. No tiene medio alguno de obligar á ser suya á la mujer á quien ama. Basta que Bella responda á sus pretensiones con un no rotundo, para que el castillo de cartas, penosamente levantado por ese imbécil, se venga abajo. Puede obtener de Dartigues que cese de protegerte cerca de su hijastra; puede en rigor conseguir que la madre de ésta le admita para salvar su posición en el gran mundo; puede aún esperar que tú, caballeresco y tonto, renunciarás, en un rasgo de sacrificio sublime, á casarte con la que amas. ¿Pero cómo obligar á Bella, enamorada de ti, á que se case con él? Ese Claudio Brun es, pues, un idiota y su canallada cae por su base.

Pedro, que estaba en ascuas ante aquel tranquilo y claro razonamiento, dijo:

— ¿Pero no se podría impedir que hiciera daño?

— Se puede; no lo dudo.

— ¿Cómo?

— Encontraremos ese medio. Puedes estar tranquilo.

— Pero el tiempo pasa...

— Estamos en el buen terreno...; Bertier no hará nada sin consultarme. Por ese lado estamos á cubierto.

— ¿Y si ese bandido de Claudio se dirigiese á otro?

— No está mal razonado. Te vas formando, muchacho. Cuando te hayas madurado un poco, serás un buen táctico político. Pero entretanto, confía en mí para tu defensa. Aquí tienes, querido Pedro, qué bien se arreglan las cosas para ti. Si, poniéndolo todo en lo

peor, cayese sobre Dartigues el chaparrón de basura que Bertier le ha prometido, tú, que te llamas Appel, no serías salpicado...

— Pero mi padre quedaría deshonrado y su honor es el mío.

— ¡Ah! ¡Qué abuso de palabras! He aquí un muchacho que se cree solidario de un hombre á quien apenas conoce, porque le ha dicho, con trémolos en la voz: «¡Soy tu padre!». Y ya el honor de aquel desconocido es el suyo. Los principios sociales que nos rigen favorecen la servidumbre moral, lo mismo que la material. La sociedad es un presidio, en el que los hombres están encadenados por los prejuicios y las supersticiones. Tú lo sabes bien, pero tu atávico servilismo renace y retoña como la mala hierba.

— Al obrar como lo hago, querido maestro, obedezco á mi madre. Ella es la que me ha dictado mi conducta.

— ¡Lo creo! La reconozco en eso. ¡Es heroica! Pero no es heroísmo lo que nos hace falta, sino sentido práctico. ¿Estás seguro de los sentimientos de Bella?

— Como de los míos.

— ¿Es sensible y romántica?

— Está llena de generosidad, pero también de altivez.

— ¿La crees capaz de consentir en olvidarte por debilidad?

— Creo que no lo hará por nada del mundo.

— ¿Y si tú se lo pidieses?

— ¿Qué supone usted?

— Que acaso Dartigues te suplique que te inmoles por salvarle, devolviendo su palabra á Bella.

— ¿Para casarse con Claudio? Nunca consentirá en ser la mujer de ese hombre á quien desprecia.

— Muy bien.

— Y jamás mi padre me sacrificará á su conveniencia.

La mirada de Barres expresó una ironía tan marcada, que Pedro no pudo soportarla y dijo :

— Sé lo que afirmo. Mi padre no me ha engañado. Pudo en otro tiempo obrar con egoísmo, pero ahora...

— Lo que dices es justo. Los sentimientos de Dartigues han podido cambiar con su posición. Un hombre rico no se conduce como un desgraciado al que falta todo. La lucha por la vida hace los antropófagos. Cuando se es rico se comprende la caridad. Crees que tu padre se portará contigo como un millonario delicado y sensible. Pero el otro, el Claudio Brun, se conducirá como un perro rabioso. Las pasiones á los cuarenta años son terribles.

— De ése, yo me encargo si se pone á mi alcance.

Barres miró con complacencia la alta estatura y el aire resuelto del joven.

— Si, dijo, tú estás cerca del pueblo y eres capaz de remangarte y aplastar á tu rival. Pero el valor personal no tiene nada que hacer en todo esto. Si atacas á Claudio Brun te podrás encontrar con la horma de tu zapato. Ese aventurero debe tener sangre fría y delante de un buen pulso y del cañón de una pistola, el mejor mozo del mundo corre riesgos mortales.

— No me detiene eso.

— Lo sé y no estoy tranquilo. Pero velaré sobre ti. Mientras, la situación se precisa. La elección de Mailane sirve á Brun de pretexto para obtener de grado ó por fuerza á Bella. Por una parte trabaja en mi favor, pero á mí no me conviene ser favorecido por tales medios, y por otra va contra ti y esto bastaría para animarme á deshacer sus planes. Voy, pues, á

dedicarme á esto. Vete á tu casa y no hagas nada sin decírmelo. Hoy es miércoles y no hay sesión en la Cámara. Tenemos tiempo de revolvernos.

Reconfortado por estos argumentos, Pedro se despidió de Barres y se fué á los Campos Eliseos, donde le esperaba Bella.

Al salir de casa de Dartigues, Claudio vió á Bella subir al coche. El *poney* negro piafaba en la puerta cochera y la señorita de compañía estaba montando en el *tonneau* con prudente lentitud. El socio de Dartigues se inclinó humildemente ante la joven y ésta le devolvió el saludo con aire grave. Su cara no tuvo ni un estremecimiento y toda su actitud expresó la más completa indiferencia. Brun palideció de cólera al verse tan completamente despreciado. Había visto en América á las bellas criollas mirar así á los hijos de esclavo, y pensó : Es preciso que esta desdeñosa me pertenezca. ¡ Yo la domaré !

Al subir Bella en el coche, Claudio admiró su pie encantador que el vestido, al levantarse, dejó ver un momento. El socio de Dartigues salió, dió orden á su cochero de seguirle y se marchó á pie hacia el Arco del triunfo. El abatimiento de Dartigues le había sorprendido. El hombre á quien había conocido cínico y feroz se revelaba de repente capaz de cariño y de abnegación. El padre protegía al hijo y sin embargo, pocos días antes, le había buscado para hacerle contribuir al triunfo de su causa. Y ahora, no sólo no se servía de él, sino que sacrificaba sus esperanzas y hasta su situación á un sentimentalismo tardío y absurdo.

Aquella era una sorpresa cruel para Claudio. Pero estaba resuelto á no pagar las fantasías paternas de Dartigues. No pudiendo conseguir á Bella por medio del padrastro, necesitaba encontrar una combinación

para forzar la resistencia de la muchacha. En esto la situación era clara : mientras Pedro y Bella estuviesen de acuerdo, Claudio no tenía nada que esperar. Le convenía que la joven sufriese un desengaño y no podía ser otro que una renuncia formal de Pedro á los proyectos acariciados bajo los frondosos árboles de Maillane.

Formulada esta necesidad, Claudio pensó, con un instinto muy seguro, que solamente Appel ó Francine tendrían bastante influencia sobre Pedro para hacerle separarse definitivamente de todo lo relacionado con Dartigues. Su interés, que era en lo que él pensaba ante todo, le aconsejaba destruir la nueva influencia del padre. El médico y su mujer debían estar alarmados por las modificaciones que Dartigues podía introducir en el modo de pensar de Pedro. Debían, pues, ser sus aliados en aquella empresa, por grandes que fuesen sus prevenciones contra él.

La forma de esa intervención le era indiferente, siempre que la intervención se ejerciese. ¿Á quién dirigirse? ¿Á Appel ó á Francine? ¿Cuál de los dos le recibiría menos mal? Desconfiaba de la clara lógica de Appel. Aquel hombre eminente acostumbrado á leer los más secretos pensamientos, vería en seguida su combinación. ¿Pero qué importaba? La situación sería siempre la misma.

Le parecía, sin embargo, que Francine sería más fácil de convencer. ¿Pero cómo conseguir que le recibiera? Su nombre debía necesariamente cerrarle aquella puerta. Era, pues, preciso llegar hasta ella sin que se trasluciese su incógnito y, una vez en su presencia, él se arreglaría. Se detuvo, llamó al cochero y le dió las señas de la calle del Luxemburgo.

Francine se estaba poniendo el sombrero para ir á

la Clínica, según su costumbre, cuando el criado le dijo que un caballero deseaba hablarle.

— ¿Quién es? ¿Ha dado una tarjeta ó le conoce usted?

— No, señora, pero ha dicho que la señora le recibiría cuando supiera que se trataba de un asunto urgente y del señorito Pedro.

Francine dejó el sombrero.

— Hágale usted entrar en el saloncillo.

Claudio Brun había encontrado el buen medio, y después de un minuto de espera, vió aparecer á la señora de Appel. Claudio se sorprendió al ver una señora de aspecto venerable, vestida de negro y con la cabeza blanca. Pero la frescura del cutis, la gracia de la boca y la pureza de la mirada, le hicieron reconocer, no sin turbación, á la mujer á quien había amado en otro tiempo.

Francine le miraba con atención, pero él se había vuelto de espalda muy hábilmente y su cara permanecía en la sombra. La señora de Appel no le reconoció y dijo con inquietud :

— Ha dicho usted, caballero, que venía á hablarme de mi hijo...

— Sí, señora.

Al oír estas palabras, Francine sintió un estremecimiento, pues habían producido en su memoria una repentina sensación. Dió unos pasos que le permitieron ver de frente al visitante y pudo distinguir sus facciones. Como si deseara escuchar de nuevo aquella voz, preguntó :

— ¿De qué se trata?

— De las relaciones de su hijo de usted con Dartigues...

Esta vez ya no había duda. Un ardiente rubor cubrió

la frente de Francine, que extendió los brazos hacia el aparecido y exclamó :

— ¡ Claudio Brun !

Este se inclinó y dijo :

— Sí. Claudio Brun.

— ¿ Qué viene usted á hacer aquí ?

— Vengo á prestar á usted un servicio.

— ¡ Qué nuevo será eso ! dijo Francine con amargura.

— Es que, en efecto, después de veinte años todo cambia, las cosas y las personas... Pero este paso era indispensable. De otro modo no hubiera venido.

Francine hizo un gesto de impaciencia.

— En suma, dijo, ¿ qué le ocurre á mi hijo ?

— Lo peor que podría usted suponer. Dartigues, para atraerle y separarle de usted, ha favorecido el amor de ese joven hacia su hijastra... Ya habrá usted visto la alteración que esa maniobra ha introducido en la vida de su hijo... Prepárese usted á las más horribles desgracias si no se modifican esos proyectos.

— No comprendo. Explíquese usted.

— Hay un hombre que ama á esa joven y no retrocederá por nada á fin de disputársela al hijo de Dartigues.

— ¿ Y qué puedo hacer yo, para que usted haya venido á verme ?

— Puede usted hacer uso de su autoridad sobre Pedro para apartarle de esa muchacha.

— ¿ Tiene una madre autoridad sobre su hijo para impedirle amar ?

— La tiene para impedir que ese hijo deje deshonorar á su padre.

— ¿ Cómo ?

— Dartigues está á merced del hombre de que

hablo, que puede perderle con una palabra. Si él quiere se descubrirá un pasado más espantoso aún que el que usted conoce y el nombre de su hijo de usted será repetido por la multitud como el de un malvado. Si el joven no renuncia para siempre á la hija del general Hernández, Dartigues está perdido. El que ha formulado este dilema ama á la hija de Hernández y la tendrá, ó arrastrará por el fango á Dartigues en presencia de su hijo.

Claudio se había animado con el fuego de sus propias palabras y en sus amenazas se descubrían su cólera, su rencor y sus celos. Francine no se engañó y dijo con tranquila firmeza :

— ¿ Y ese hombre es usted ?

Claudio se estremeció, se pasó la mano por la frente sudorosa y respondió con voz sorda :

— Ese hombre soy yo. No tengo para qué ocultarlo.

— ¿ Y vende usted de ese modo á su antiguo compañero ?

— Le devuelvo el mal que me ha hecho. ¿ No es justo ?

— No me pida usted que decida entre las infamias de los dos.

— ¡ Oh ! Usted tiene derecho para hablar así. No esperaba ninguna benevolencia, pero cuento con su razón. Si su hijo de usted es acaparado por Dartigues, se pierde. Ya ha podido usted ver la rápida degradación moral que ha sufrido á su contacto, pues ha dudado de usted. Su padre tiene muchos medios de seducción y ha empleado ya algunos con él. Llegará á quitarle á usted su hijo y ese joven puro y recto se volverá tan egoísta y tortuoso que se separará usted de él con horror.

— ¡ Ah ! Desgraciado, siempre es usted el mismo...

Después de haber contribuido en otro tiempo á extravíar al padre, se complace usted hoy en anunciarme la pérdida del hijo... ¿Qué secreto placer siente usted en torturarme? No tengo ya, sin embargo, nada común con Dartigues. ¿Qué me interesa lo que puede sucederle? Bastante caro he pagado el derecho de no ocuparme de él. ¿Qué me importa ese hombre?

— Le importa á usted su hijo. Por ese lado es usted vulnerable todavía. El corazón de la señora de Appel está lleno de ese hijo que Dartigues quiere arrebatárle. Porque, fenómeno extraño; ese hombre que no ha amado nunca más que el éxito y el culto feroz de su propia persona; ese monstruo se ha puesto á amar á su hijo con sinceridad y con abnegación y no pudiendo vivir sin él, estará seguro de tenerle cuando le haya casado con su hijastra. Hay que impedir ese matrimonio. En esto, sus intereses de usted están de acuerdo con los míos.

Francine hizo un movimiento de protesta indignada.

— ¡Bueno! dijo Claudio. No se fije usted en las palabras, sino en los hechos. Usted pierde á Pedro y yo pierdo á Bella. No piense usted si es justo ó no que su hijo se le emancipe; piense en que casado con Bella se queda usted sin él, á no ser que yo haga imposible el acuerdo entre Pedro y Dartigues, lo que sería peor para todos. Si usted no pone entre Bella y Pedro un obstáculo insuperable, yo me encargo de separarlos, y usted verá cómo. Haré públicos los actos de corrupción, las malversaciones y los fraudes que Dartigues ha cometido y de los que tengo pruebas...

— Porque ha participado usted de ellos.

Claudio no se tomó el trabajo de responder.

— Publicaré estos hechos y se producirá tal escán-

dalo, que será terrible para su hijo de usted el llevar el nombre de tal padre.

— Mi hijo se llama Appel.

— Pero sabe quién es su padre. Sabrá lo que ha hecho el hombre cuya sangre corre por sus venas, y se morirá de vergüenza. Semejante sombra en el pensamiento y tal peso en el corazón de un joven altivo y delicado, bastan para producir el desencanto y el dolor para toda la vida.

— ¿Y qué puedo yo hacer?

— Su deber de usted. Advertirle. Darle á escoger entre un amor naciente y el abandono de su padre. Demostrarle el acto heroico que puede realizar devolviéndole la seguridad á Dartigues. Si él renuncia á Bella, la situación cambia en un instante; su padre es elegido, llega al poder y colma sus más altas ambiciones. Pedro, entonces, en vez de gemir, se felicitará por ser el autor de todos esos triunfos.

— Suceda lo que quiera, sufrirá.

— Pero sufrirá menos si se ha sacrificado noblemente que si ha abandonado á su padre.

— ¿Y qué ha hecho él para sufrir? ¿Es justo que los inocentes paguen por los culpables?

Francine se retorcia las manos con desesperación, pues conocía á aquel hombre y no esperaba de él ni debilidad ni lástima. ¿Qué resolver? Claudio la vió aturdida y en un estado de abatimiento que hacía esperar una capitulación. Volvió á la carga con más fuerza y dijo:

— ¡No vacile usted! ¿Qué valen unos amercillos de dos muchachos, comparados con la seguridad de tantas personas?... ¿Me promete usted hablar á su hijo? Sé que me cumplirá usted su palabra y que si obtiene su promesa de renunciar á Bella, no la verá

más. Pedro es un hombre de honor y ella es una niña y le olvidará.

— ¡Jamás! respondió una voz dulce y firme.

Y Claudio Brun vió con estupor que en la puerta del salón aparecían juntas las dos personas cuyos nombres acababa de evocar y de las que disponía tan fácilmente. Pedro y Bella se acercaron á la señora de Appel, como si no hubiera nadie delante, y el joven dijo con tranquilidad :

— Mamá, aquí tienes á la señorita Bella Hernández que ha querido venir á verte. Sabía que la recibirías cariñosamente, pero no que su presencia sería oportuna hasta tal punto.

Pedro miró á Brun sin cólera, mientras las dos mujeres se abrazaban. Bella se separó la primera, y dando un paso hacia el socio de Dartigues, inmóvil y aterrado, le dijo :

— Estaba usted dando seguridades sobre mí que son singularmente aventuradas. Yo no olvido nunca á los que amo, ni tampoco á los que detesto. No comprendo la obstinación de usted en perseguirme, puesto que no le he ocultado que sus pretensiones no me agradan. ¿Qué es lo que usted pretende, en suma? ¿Obligarme á aceptarle y á sufrirlo? Es el colmo de la ridiculez. Una mujer como yo no obedece más que á su corazón y no ha nacido para ser la sierva de un hombre como usted. Si estuviéramos en mi país, no tendría más que pronunciar una palabra y cualquiera de los oficiales de mi padre le castigaría á usted como su impudencia merece. Pero estamos en Francia y me encargo yo misma de recordarle la noción de las distancias. Jamás; ¿lo oye usted bien?, jamás la hija del general Hernández dejará caer su mano en la de un mercachifle como usted. Me han dicho, y lo poco que

acabo de oír lo confirma, que se permite usted amenazar á las personas de quienes dependo : el señor Dartigues, que es mi padre político, y el señor Appel, que es mi prometido. Sepa usted, pues, esto todavía : podrá usted difamar al señor Dartigues y hacer daño al señor Appel; pero no logrará poner al uno tan bajo como usted, ni hacer que el otro sea menos amado. ¿Sabe usted ya á qué atenerse, no es así? Pues bien, como la señora de Appel no parece dispuesta á retenerle y ni Pedro ni yo tenemos ningún placer en verle, creo que lo mejor que puede usted hacer es marcharse. Adiós, señor Claudio Brun. Sepa usted que en ninguna parte del mundo se impone la ley á una mujer, ni se la obtiene más que cuando ella quiere.

Lívido de rabia, Claudio se volvió hacia Pedro, esperando que una palabra suya ó una mirada le permitieran vengar en él los ultrajes de Bella. Pero le vió sereno y triste, sin una sonrisa de triunfo ni un ademán de desprecio. Brun se inclinó ante la señora de Appel y dijo :

— No se arreglarán así las cosas. Recuerde usted, señora, lo que le he dicho. No se modifican con frases los acontecimientos. Esta señorita ha hablado bien, pero los hechos tienen su elocuencia y lo probable es que ellos digan la última palabra.

— Ya lo veremos, repuso Bella.

En el momento de salir, Claudio envolvió con una mirada á Francine y á los dos jóvenes y dijo, levantando un brazo con gesto amenazador :

— Me voy... Acaso sentirán ustedes amargamente haber desoído mis consejos. Esta noche se decidirá todo.

Bella respondió en tono de burla :

— Háganos usted gracia de sus profecías, si gusta...

Al querer ser terrible, resulta usted ridículo. No se haga usted ilusiones sobre el efecto que nos produce, porque es deplorable. Nunca olvidaré su actitud de tirano de melodrama... ¡Eso es muy antiguo, señor mío!

Claudio no quiso oír más y con su paso cauteloso se dirigió á la puerta. Casi con asombro, las dos mujeres vieron que había desaparecido, pero había dejado detrás de él la inquietud y la intranquilidad. La presencia de Bella, que hubiera debido producir á la mujer de Appel una agradable sorpresa, hacía mayor su tristeza. Francine no tomaba á juego las amenazas de Claudio, pues sabía de lo que era capaz. No veía en él como Bella un viejo grotesco, una especie de Bartolo de quien Rosina podía burlarse impunemente. Su vejez no le parecía risible, sino espantosa y estaba segura de que con tal enemigo su hijo corría un peligro cierto. No pudo, sin embargo, evitar el sonreír ante aquella joven franca y cándida, que le ofrecía su respeto y su ternura. Veía á Pedro radiante de alegría al lado de su amada y, dando un suspiro, aquella madre abrió los brazos á la prometida de su hijo y por una hora se hizo la ilusión de que era feliz.

Escuchó los proyectos que Bella le expuso, y todo era tan sencillo, tan inocente y tan casto en aquel corazón, que la madre, á pesar de todo, se dejó ganar por la esperanza. ¿Por qué no había de tener una compensación? ¿No podía el destino hacerse clemente para ella? ¿Estaría reservado á aquella niña, tan diferente de la generalidad, el triunfo de consolarla de sus penas?

Claudio Brun se marchó con el corazón lleno de cólera. El tranquilo desdén de Bella había echado por

tierra todos sus planes. No se consideraba aún como vencido, pero se daba cuenta de que sus probabilidades de triunfo se habían reducido á la mitad. Ni un momento pensó en renunciar á sus proyectos. Su alma sombría no conocía la duda ni el escrúpulo. No había sido infame durante veinte años para retroceder ante una infamia suprema.

Estaba asombrado por la inacción de Dartigues. Incapaz de todo sentimiento noble, achacaba á decadencia de carácter lo que era efecto del despertar de su conciencia. Á quien Claudio odiaba sobre todo era á Pedro, y se preguntaba, al recorrer las calles populosas del barrio del Mercado para ir á su casa, si era mayor su amor hacia Bella que su odio á su prometido. Acusaba á éste de ser la causa del trastorno ocurrido en casa de Dartigues, y se acusaba, no sin despecho, de haber sido él quien le aconsejó que fuese á buscar á su hijo. Pero de todos modos hubieran llegado á encontrarse.

Al llegar á París con motivo de su candidatura, Dartigues hubiera tenido la curiosidad de saber qué había sido de aquel hijo al que abandonó cuando apenas sabía hablar. Todo lo que ocurría era, pues, matemáticamente inevitable. Al encontrar á su hijo, Dartigues debía tratar de atraerle y el medio mejor hubiera sido siempre el de poner en presencia á los dos jóvenes.

En el momento en que los dos muchachos se conocieran, el amor debía surgir á pesar de todo, y con tanto mayor seguridad cuanto más grandes fueran las dificultades que encontrase. Lo que sucedía era pues obra de la implacable lógica de los hechos. No quedaba más que la solución y en ésta Claudio estaba decidido á intervenir. Su combinación debía herir á

todos los que combatían contra él y era como una mina que debía estallar y destruir todas las posiciones enemigas.

Iba á desencadenar un cataclismo que le vengaría de todos los que resistían á su voluntad. Era como uno de esos criminales monstruosos que encuentran una feroz alegría en envenenar un manantial y huyen dejando detrás la muerte. Al pensar en el daño que iba á causar, se frotaba las manos y creía tener ya á sus víctimas. Un temor abrigaba, sin embargo. Maestro en perfidias, sospechaba fácilmente que los demás pudiesen engañarle y dudaba de la sinceridad de Bertier.

Su primer impulso había sido elegir para ejecutar su plan á un amigo de Barres, á un periodista temible por su violencia y su audacia, y el artículo publicado fué lo que él esperaba. Pero faltaba la interpelación. ¿Podría tener confianza en Bertier para entregarle los papeles acusadores? Eran éstos tales, que podían comprometer al ministerio, hacerle caer y provocar uno de esos escándalos que muestran el régimen capitalista en toda su repugnante desnudez. ¿Pero era á un diputado de la izquierda á quien se debía encomendar la misión de herir á un gobierno republicano? ¿Quién le respondía de que Bertier, cediendo á consideraciones políticas ó de orden personal, no retrocedería en el último momento? En el pensamiento de Claudio surgió la idea de cambiar de táctica y servirse de uno de los enemigos declarados del actual orden de cosas. El marqués de Coutrás, millonario, representante autorizado del partido realista, orador popular de los círculos católicos, antiguo noble del modelo de los sublevados de la Vendée, apóstol del socialismo cristiano, especie de caballero cruzado en este siglo de

incrédulo escepticismo, le pareció el mejor instrumento que pudiera elegir para echar por tierra á Dartistes.

Detuvo repentinamente al cochero y le dió orden de llevarle á la Cámara. Quería preguntar allí las señas del diputado realista y, en el caso de que estuviera en el edificio, tratar de hablarle. Al mismo tiempo se proponía decir á Bertier que renunciaba á su proyecto. Así, si Bertier estaba de acuerdo con Barres, conseguiría tranquilizar á sus adversarios é impedir que estorbasen sus movimientos. El marqués no estaba en la Cámara, pero le dieron su dirección: calle de Saint-Dominique. Y Claudio se hizo llevar á su casa.

Una puerta maciza y solemne le dió acceso á un patio en el que dos palafreneros estaban lavando un coche. En el fondo una escalinata de seis escalones conducía á un ancho vestíbulo, en el que, delante de una puerta de espejo, esperaba un lacayo. Claudio, intimidado á pesar de su audacia, preguntó si el marqués estaba visible.

— Es el día en que el señor marqués recibe á sus electores. Si el señor quiere darme su tarjeta ó decirme su nombre...

Claudio prefirió decir su nombre, por no dejar detrás de sí la huella de una tarjeta, y el lacayo tocó un timbre. Se levantó una cortina y apareció un ujier vestido de negro, medias de seda y casaca á la francesa. El lacayo pronunció en voz baja el nombre del visitante y el ujier dijo:

— Si el señor quiere seguirme...

Claudio pasó por un ancho corredor enlosado, en cuyas paredes se veían magníficos cuadros de Canaletto, representando vistas de Venecia, y panoplias de

armas antiguas de un valor inestimable. Se abrió una puerta y Claudio entró en un saloncillo de espera, adornado con tapices de Flandes, y en cuya ventana se veían unos hermosos vidrios del siglo XVI. El ujier desapareció.

Claudio se quedó solo en aquella casa de gran señor, en cuya decoración de nobleza y de esplendor, se le aparecía mejor la bajeza de la venganza que meditaba. Durante un cuarto de hora estuvo allí meditando, mecido por el tic tac de un péndulo Luis XIII de ébano incrustado de bronce. Á través de los vidrios de la ventana se veía el jardín del hotel, con un estanque de mármol. Las lilas estaban ya frondosas y la hierba, cuidadosamente peinada por los jardineros, crecía verde y fresca. Un grave silencio reinaba en aquel rincón de reposo y de grandeza. Se oyó un ligero ruido y Claudio se volvió. Un hombre de mediana estatura, cara sonriente plateada por una barba á lo Enrique IV, ojos vivos y aire decidido de antiguo militar, se dirigía hacia él.

— ¿Desea usted hablarme, caballero? ¿Es para algún asunto que le concierne?, dijo el marqués con gran afabilidad.

Claudio aseguró su mirada y afirmó la voz.

— Señor marqués, es para un asunto político. Tengo unos preciosos datos que dar á usted.

— Pase usted, pues, se lo ruego, dijo el marqués mostrando la puerta por la que había entrado.

Claudio entró en un vasto despacho de artesanos dorados y paredes cubiertas de cuero de Córdoba. Unos baúles de ébano de un espléndido trabajo italiano, una mesa del Renacimiento y unos asientos del mismo estilo amueblaban la habitación. Claudio, impresionado, se colocó cerca del escritorio y el marqués se

apoyó en la chimenea, en la que ardian unos tizones á medio consumir.

— Escucho á usted, dijo el diputado.

— Señor marqués, le traigo á usted los medios de asestar un golpe mortal al gobierno...

— Me gusta esa entrada en materia. Usted no abusa de los preámbulos.

Se puso un monóculo en el ojo izquierdo, miró con curiosidad á su visitante y dijo friamente :

— ¿Y qué pide usted por eso?

— Nada, respondió Claudio con tranquilidad. Se trata de un asunto de moralidad y de conciencia.

— ¡ Ah! exclamó el marqués. ¿Y usted representa en esto la moralidad?

— Y usted, señor marqués, la conciencia.

Se produjo un pequeño silencio. El marqués dejó caer su monóculo con una contracción de la cara.

— ¿Por qué se dirige usted á mí particularmente?

— Porque la honradez de usted está por encima de toda discusión, y si usted avanza un hecho, nadie dudará de su autenticidad.

— ¿Tiene usted opiniones realistas?

— Si tuviera tiempo de ocuparme de política, sería republicano.

— ¿Obrá usted, pues, con independencia de todo interés de partido? En ese caso, ¿á qué móvil obedece usted?

— Señor marqués, las personas cuyas exacciones voy á denunciarle, me han hecho un daño irreparable. Pero lo que yo persigo es el que han hecho al país.

— ¿De qué se trata?

— De los fraudes y malversaciones que se han come-